

en nuestra derecha, y que debía renunciarse á vencer en los demás puntos con tal de conseguirlo en éste, dirigió á él la mayor parte de sus fuerzas. Una ventaja llevaba á Scherer, que era la mayor inmediación de sus divisiones, que le permitía disponer más fácilmente de ellas. Las francesas estaban, por el contrario, muy distantes unas de otras, y combatían en un terreno atajado por innumerables cercas. Kray precipitóse de improviso con toda su reserva contra la división Grenier, y Víctor, que quiso protegerle, se vió también atacado por los regimientos de Nadasty y Reisky.

No se contentó Kray con esta primera ventaja, sino que reuniendo á la espalda la división de Mercantin batida por la mañana, la precipitó de nuevo contra las dos de Grenier y Víctor, decidiendo así su derrota. A pesar de una viva resistencia, se vieron obligadas ambas á abandonar el campo de batalla, y hallándose nuestra derecha en plena derrota, no podía menos de verse amenazado nuestro centro: en efecto, Kray no dejó de avanzar contra él; pero Moreau, que estaba allí, le impidió ganar otro triunfo.

La batalla estaba indudablemente perdida, y era necesario pensar en retirarse, habiendo sido grande la pérdida por ambos lados, pues los austriacos tuvieron tres mil entre muertos y heridos y dos mil prisioneros, y nosotros igual número de los primeros, pero perdimos cuatro mil prisioneros. Entre los heridos lo fué mortalmente el general Pigeón, que durante la primera campaña de Italia desplegó en las vanguardias tanto talento é intrepidez.

Moreau era de parecer que se durmiera en el campo de batalla para evitar el trastorno de una retirada nocturna; pero Scherer quiso replegarse aquella tarde misma; al día siguiente se retiró detrás de la Molinella, y al otro, 18 germinal (7 abril), al Mincio. Apoyado en Pescara por una parte y en Mantua por la otra podía oponer una resistencia vigorosa, hacer venir á Macdonald desde el fondo de la península, y por aquella concentración de fuerzas recobrar la superioridad perdida en la jornada de Magnano; pero el infeliz Scherer había perdido enteramente la cabeza y sus soldados estaban peor dispuestos que nunca.

Poseedores hacia tres años de Italia, se irritaban al verse privados de ella, é imputaban sus descalabros á la falta de pericia de su general. Verdad es que ellos habían cumplido con su deber como en los mejores días de su gloria, pero por lo mismo las censuras de su ejército habían afectado á Scherer tanto como su derrota. No creyendo posible sostenerse en el Mincio, retiróse al Oglio, y después al Adda, adonde llegó el 12 de abril. Ignorábase dónde se detendría este movimiento retrógrado.

Apenas comenzada la campaña hacía mes y medio, estábamos ya en retirada en todos los puntos. El jefe de estado mayor Ernouf, á quien Jourdan había dejado con el ejército del Danubio á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra, habíase atemorizado al tener conocimiento de una incursión de algunas tropas ligeras sobre uno de sus flancos y se retiró en desorden sobre el Rhin; de modo que así en Alemania como en Italia, nuestros ejércitos, tan valerosos como siempre, perdían, sin embargo, sus conquistas y volvían derrotados á la frontera. Sólo en Suiza conservábamos nuestra

fortuna, pues Massena se sostenía allí con toda la tenacidad de su carácter, y excepto en la infructuosa tentativa contra Feldkirch, siempre salió victorioso; pero situado en el ángulo saliente que forma Suiza entre Italia y Alemania, se hallaba entre dos ejércitos vencedores y era indispensable que se retirase. En efecto, acababa de dar la orden á Lecourbe, y replegábase al interior de Suiza, pero poco á poco y conservando la más imponente actitud.

Nuestros ejércitos estaban humillados, y nuestros ministros iban á ser en el extranjero víctimas del más odioso y atroz atentado. Habiéndose declarado la guerra al emperador y no al Imperio germánico, el congreso de Rastadt continuaba reunido: se estaba cerca de entender sobre la última dificultad, la de las deudas; pero las dos terceras partes de los Estados habían llamado ya á sus representantes: era un efecto de la influencia de Austria, que no quería que se hiciese la paz. Sólo quedaban ya en el congreso algunos diputados de Alemania; y como la retirada del ejército del Danubio dejaba abierto el país, deliberábase en medio de las tropas austriacas.

El gabinete de Viena concibió entonces un proyecto infame que deshonró por largo tiempo su política. Estaba muy quejoso del orgullo y energía que nuestros ministros desplegaron en Rastadt; imputábase haber dado á conocer los artículos secretos convenidos con Bonaparte para la ocupación de Maguncia, lo cual comprometía singularmente á dicho gabinete á los ojos del cuerpo germánico. Los artículos secretos probaban que para poseer Palma-Nova en el Friul, el gabinete austriaco había entregado á Maguncia, vendiendo de una manera indigna los intereses del Imperio, y aquél estaba muy irritado y deseoso de vengarse de los ministros. Además quería apoderarse de sus papeles para saber cuáles eran los príncipes germánicos que en aquel momento trataban individualmente con la república francesa. Concibió, pues, la idea de mandar prender á nuestros ministros cuando volviesen á Francia para despojarlos, insultarlos y tal vez asesinarlos. No se ha sabido nunca, sin embargo, si se dió esta orden de una manera positiva. Ya tenían nuestros ministros alguna desconfianza, y sin creer en un atentado contra sus personas tenían cuando menos por su correspondencia. En efecto, fué interceptada el 30 germinal por el arresto de los guardas del portazgo, que servían para llevarla: nuestros ministros reclamaron, y también la diputación del Imperio, preguntando si podía creerse seguro el congreso; mas el oficial austriaco á quien se dirigió esta pregunta no dió respuesta alguna satisfactoria. Nuestros ministros declararon entonces que partirían dentro de tres días, es decir, el 9 floreal (28 de abril), para Estrasburgo, donde añadieron que permanecerían dispuestos á reanudar las negociaciones así que se manifestase este deseo.

El 7 floreal se detuvo á un correo de la legación, haciendo todo el congreso nuevas reclamaciones y preguntando expresamente si estaban seguros los ministros franceses. El coronel austriaco que mandaba los húsares Szecklers, acantonados junto á Rastadt, respondió que los ministros franceses no tenían más que salir dentro de veinticuatro horas. Pidiósele una escolta, pero se la negó, asegurando que se respetarían sus personas. Nuestros tres ministros, Juan Debry, Bonnier y Roberjot, salieron el 9 floreal (28 de abril), á las nueve de la

noche, en sus carruajes con sus familias, y detrás de ellos iba la legación liguriana y los secretarios de embajada. Al principio les presentaron alguna dificultad para salir de Rastadt, pero al fin se les dejó partir sin obstáculo. La noche estaba muy oscura, y apenas se hallaban á cincuenta pasos de Rastadt, cuando cerróles el paso una partida de húsares de Szecklers sable en mano, deteniendo los carruajes. En el primero iba Juan Debry, y abriendo los húsares violentamente la portezuela, le preguntaron en su bárbara jergonza si era Juan Debry, el cual habiendo respondido afirmativamente, cogiéronle del cuello, y tirándole fuera del carruaje, le acuchillaron en presencia de su mujer y sus hijos.

Habiéndole dejado por muerto, pasaron á los demás carruajes y degollaron á Roberjot y Bonnier en brazos de sus familias. Los individuos de la legación liguriana y los secretarios de embajada tuvieron tiempo de salvarse. En seguida los asesinos encargados de esta ejecución saquearon los carruajes, llevándose todos los papeles.

La herida de Juan Debry no era mortal, y habiendo vuelto en sí con el frío de la noche, arrastrándose como pudo llegó cubierto de sangre hasta Rastadt. Luego que cundió la noticia de semejante atentado, indignáronse altamente los habitantes é individuos del Congreso, y la lealtad alemana se resintió de un crimen contra el derecho de gentes, inaudito en naciones civilizadas y que sólo podía concebirse en un gabinete medio bárbaro. Los individuos de la diputación que quedaron en el Congreso prodigaron á Juan Debry y á las familias de los ministros asesinados las más solícitas atenciones, y luego se reunieron para redactar una declaración en que patentizaban al mundo entero el atentado que acababa de cometerse, protestando contra toda especie de complicidad con el Austria. Este crimen se supo al momento en toda Europa, excitando universal indignación. El archiduque Carlos escribió una carta á Massena, anunciándole que iba á perseguir al coronel Szecklers; pero esta carta, fría y escrita con repugnancia, probaba la incertidumbre del príncipe y no era digna ni de él ni de su carácter. Austria no respondió, ni podía responder á las acusaciones que contra ella se dirigían.

De este modo era implacable la guerra entre los dos sistemas que dividían al mundo. Los ministros republicanos, mal recibidos al principio y ultrajados después durante un año de paz, acababan de ser por último vilmente asesinados con la misma ferocidad que hubieran podido verse entre naciones bárbaras, violándose para ellos solos el derecho de gentes, que se observaba hasta con los más encarnizados enemigos.

Así, los inesperados contratiempos que marcaron el principio de la campaña y el atentado de Rastadt produjeron la más funesta impresión en el Directorio. Desde el momento mismo en que se declaró la guerra tomaron las oposiciones un carácter detemplado, y no guardaron consideración alguna así que vieron batidos á nuestros ejércitos y asesinados á nuestros ministros. Los patriotas reprimidos por el sistema de las escisiones, los militares cuya indisciplina había querido reprimirse y los realistas que se ocultaban á la sombra de todos estos descontentos se aprovecharon de los recientes sucesos para acusar al Directorio. Cada día se dirigían las más injustas y repetidas recriminaciones,

diciendo que había abandonado totalmente los ejércitos, dejando debilitarse sus filas con la desertión, sin procurar reponerlas por medio de la nueva quinta; que había tenido en el interior muchos batallones veteranos, empleándolos en coartar la libertad de las elecciones en vez de hacerlos pasar la frontera; que á estos ejércitos tan menguados en comparación de los enemigos, no había suministrado ni almacenes ni víveres ni efectos de equipo ni medios de transporte ni caballos de remonta; que los había entregado á la rapacidad de las administraciones, las cuales habían derrochado inútilmente seiscientos millones, y finalmente, que había elegido los peores generales por jefes. Que Championnet, el vencedor de Nápoles, se hallaba preso por haber querido poner freno á la rapiña de los agentes del gobierno; que Moreau se hallaba reducido al cargo de mero general de división, y Joubert, el vencedor del Tirol, y Augereau, uno de los héroes de Italia, se hallaban sin mando, mientras Scherer, que había preparado con su mala administración todas las derrotas, se hallaba por el contrario al frente del ejército de Italia, sólo por ser paisano y amigo de Rewbell. No se contentaban con esto, pues había otros nombres que recordaban con cierta amargura. ¿Dónde estaban el ilustre Bonaparte, sus distinguidos compañeros Kléber y Desaix y sus cuarenta mil soldados, vencedores del Austria? En Egipto, en apartados climas, donde iban á perecer por la imprudencia del gobierno, ó acaso por sus siniestras miras; y una empresa antes tan admirada, empezaban á decir ya que la había inventado el Directorio para deshacerse de un célebre guerrero que le hacía sombra.

No se limitaba á esto su indignación, sino que imputaban al gobierno hasta la misma guerra y el haberla provocado con su imprudencia respecto á las potencias, y que había invadido la Suiza, derribado al papa y trastornado la corte de Nápoles, apurando así el sufrimiento del Austria, sin estar preparado para entrar en lucha; que con invadir el Egipto había decidido el rompimiento de la Puerta, y con éste librado á Rusia de todo recelo por su espalda, permitiéndola enviar sesenta mil hombres á Alemania, y finalmente llegó su furor al extremo de decir que el autor secreto de los asesinatos de Rastadt era el Directorio, valiéndose de este medio para provocar la opinión contra los enemigos, y pedir nuevos recursos al cuerpo legislativo.

En la tribuna, en los periódicos, en los sitios públicos, en todas partes, en fin, se repetían estos cargos. Jourdan había corrido á París para quejarse del gobierno y atribuirle todos sus reveses; los generales que no fueron habían escrito para quejarse también; era un desencadenamiento universal, que no se comprendería si no se conociesen los fueros y sobre todo las contradicciones de los partidos.

Por poco que se recuerden los hechos, se puede contestar á todos estos cargos: el Directorio no había disminuído las filas de los ejércitos, pues sólo concedió doce mil licencias; pero habíale sido imposible impedir las deserciones en tiempo de paz: no hay gobierno en el mundo que haya evitado esto. El Directorio llegó hasta á ser acusado de tiranía por querer obligar á muchos soldados á volver á sus filas, y era en efecto algo duro incorporar de nuevo á ellas á los que habían

ya vertido su sangre por espacio de seis años. Hacía sólo cinco meses que se decretó la quinta; en tan poco tiempo no le era posible organizar aquel sistema de reclutamiento, y sobre todo equipar é instruir á los quintos, formarlos en batallones de campaña y hacerles llegar á Holanda, Alemania, Suiza é Italia. Había conservado algunos antiguos batallones, porque eran indispensables para conservar la tranquilidad durante las elecciones, y porque no se podía confiar este cargo á soldados jóvenes, que no tenían un espíritu decidido ni un afecto pronunciado por la república. Una causa de importancia había justificado además esta precaución: era la Vendée, agitada aún por los emisarios extranjeros, y la Holanda, amenazada por las flotas anglo-rusas.

En cuanto al desorden de la administración, los errores del Directorio no eran tampoco reales: cierto que hubo dilapidaciones; pero casi todas en provecho de aquellos mismos que se quejaban y á pesar de los grandes esfuerzos del Directorio. Las dilapidaciones se efectuaron de tres maneras: saqueando los países conquistados, tomando del gobierno la paga de los militares que desertaron, y por último, haciendo con las compañías negocios desventajosos. Ahora bien; los generales y estados mayores eran los que habían cometido estas dilapidaciones, aprovechándose de ellas: saquearon el país conquistado, beneficiáronse con las pagas y participaron de las ganancias de las compañías. Ya se ha visto que éstas cedían algunas veces hasta el cuarenta por ciento sobre sus beneficios, á fin de obtener la protección de los estados mayores.

Hacia fines de su ministerio, Scherer se indignó con sus compañeros de armas por haber tratado de reprimir todos aquellos desórdenes; el Directorio se esforzó por poner un término á ellos, nombrando comisiones independientes de los estados mayores, y ya se ha visto cómo las recibió Championnet en Nápoles.

Las negociaciones desventajosas hechas con las compañías reconocieron además por causa la situación de la hacienda: no se daba á los contratistas sino promesas, y entonces se indemnizaban en el precio de la incertidumbre del pago. Los créditos abiertos en este año ascendían á seiscientos millones para el gasto ordinario y ciento veinticinco para los extraordinarios. De esta suma había librado ya el ministerio cuatrocientos millones por gastos hechos; sólo habían ingresado doscientos diez, y se habían suplido los ciento noventa restantes con libramientos.

Nada se podía imputar, pues, al Directorio en cuanto á las dilapidaciones; ni debía censurarse por la elección de los generales, excepto uno solo.

Después de su conducta con los comisarios enviados á Nápoles, Championnet no podía conservar el mando; Macdonald lo merecía, y era conocido por una severa probidad; Joubert y Bernadotte, no queriendo encargarse del ejército de Italia, designaron ellos mismos á Scherer. En cuanto á Augereau, su turbulencia demagógica era fundado motivo para rehusarle un mando, y por lo demás, á pesar de sus incontestables cualidades, no servía para general en jefe.

Por lo que hace á la expedición de Egipto, ya hemos visto si el Directorio era culpable, y si es cierto que hubiese querido deportar á Bonaparte, Kléber,

Desaix y sus cuarenta mil compañeros de armas. Larevelliere-Lepeaux se había indispuesto con el héroe de Italia por su firmeza en combatir la expedición.

La declaración de guerra no era tampoco obra del Directorio: ya se ha visto que la incompatibilidad de las pasiones desencadenadas en Europa era lo único que provocó la lucha; no se debía acusar á nadie; pero en todo caso, los patriotas y militares no tenían seguramente derecho de hacer por ello un cargo al Directorio.

¿Qué hubiesen dicho los patriotas si no se hubiera apoyado á los vaudeses, castigado al gobierno papal y derribado al rey de Nápoles, obligando al del Piamonte á la abdicación? ¿No eran los militares los que en el ejército de Italia impulsaron siempre á ocupar nuevos países? La noticia de la guerra había complacido á todos. ¿No fueron además Bernadotte en Viena y un hermano de Bonaparte en Roma los que habían cometido imprudencias, si es que se cometieron algunas? No era la determinación de la Puerta la que produjo la de Rusia; pero aunque fuese cierto, sólo el autor de la expedición de Egipto podía merecer el cargo.

Nada era, pues, más absurdo que el cúmulo de acusaciones lanzadas contra el Directorio: no merecía sino una, que era el haber participado con exceso de la gran confianza que los patriotas y militares tuvieron en el poderío de la república. Alimentó las pasiones revolucionarias, dejándose llevar de su impulso; creyó que para principiar la guerra bastarían ciento setenta mil hombres; que la ofensiva lo decidiría todo, etc. En cuanto á sus planes, eran malos, mas no peores que los de Carnot en 1796 y los del Consejo áulico, prescindiendo de que estaban calcados en parte sobre un proyecto del general Jourdan. Sólo un hombre podía hacerlos mejores, como ya hemos dicho, y no era culpa del Directorio que este hombre no se hallase en Europa.

Por lo demás, la historia debe probar la injusticia de estos cargos, obedeciendo á un interés de equidad; pero tanto peor para un gobierno cuando se le imputa todo como crimen. Una de las cualidades indispensables de un gobierno es tener esa buena fama que rechaza la injusticia: cuando la ha perdido, y se le atribuyen las faltas de los demás y hasta las de la fortuna, no tiene ya la facultad de gobernar y su impotencia misma debe condenarle á retirarse. ¡Cuántos gobiernos no se habían gastado desde el principio de la revolución! La acción de Francia contra Europa era tan violenta, que debía desgastar rápidamente todos sus resortes. El Directorio estaba debilitado, como lo estuvo el comité de salvación pública, como debía estarlo más tarde el mismo Napoleón. Todas las acusaciones de que el Directorio era objeto probaban, no sus errores, sino su caducidad.

En cuanto á lo demás, no era extraño que cinco magistrados civiles, elegidos para el poder, no á causa de su grandeza hereditaria ó de su gloria personal, sino por haber merecido algo más el aprecio de sus conciudadanos; que cinco magistrados armados solamente con las leyes para luchar contra las facciones desencadenadas, para someter á la obediencia á numerosos ejércitos, á generales cubiertos de gloria y llenos de pretensiones y para administrar, en fin, una mitad de Europa, parecieran muy pronto insuficientes en medio de la

lucha terrible que acababa de empezarse de nuevo. Necesitábase sólo un descalabro para evidenciar aquella impotencia: las facciones alternativamente batidas y los militares reprimidos varias veces llamaban á los directores con desprecio *abogados*, diciendo que Francia no podía ser gobernada por ellos.

Por una extraña singularidad, aunque se ve algunas veces en el conflicto de las revoluciones, la opinión no mostraba alguna indulgencia sino con aquel de los cinco directores que menos acreedor era á ella. Barras merecía sin contradicción todo cuanto se decía del Directorio. Jamás había trabajado, sino que dejó á sus colegas todo el peso de los negocios; y excepto en los momentos decisivos en que dejaba oír su voz, más vigorosa que su denuedo, de nada se ocupaba sino del personal del gobierno, que era lo que se adaptaba más á su genio intrigante, y en tomar parte en todas las ganancias de las compañías, justificando de este modo aquellos cargos de dilapidación. Siempre había sido el defensor de los alborotadores y malvados, y él fué quien apoyó á Brune y envió á Fouché á Italia. Él era la causa de la mala elección de los generales, porque se opuso al nombramiento de Moreau y pidió con ahínco el de Scherer; pero, á pesar de tan graves defectos, se le consideraba de otro modo; no le trataban de *abogado*, como á sus cuatro colegas, porque su ociosidad, sus desarregladas costumbres, sus modales soldadescos, su intimidad con los jacobinos y el recuerdo del 18 fructidor, que le atribuían exclusivamente, le hacían al parecer hombre de ejecución y más capaz de gobernar que sus colegas. Los patriotas hallaban en él cierta semejanza y creían que era amigo suyo; los realistas le merecían ocultas esperanzas; los estados mayores, á quienes lisonjeaba y protegía contra la justa severidad de sus colegas, le miraban con mucho aprecio; los proveedores le elogiaban, y así se salvaba de la enemistad general. Hasta era pérfido con sus compañeros, porque poseía el arte de hacer recaer sobre ellos las acusaciones que él solo merecía. Semejante situación no puede durar mucho tiempo; pero triunfa por algunos momentos, y triunfó en la actualidad.

Sabido es el odio que tenía Barras á Rewbell, el cual, como hacendista verdaderamente inteligente, había chocho por su genio adusto á cuantos le trataban. Habíase mostrado severo con los agentes de negocios, con todos los protegidos de Barras y especialmente con los militares; de suerte que era el blanco del aborrecimiento general. Era íntegro, aunque un tanto avaro, y Barras sabía hacer recaer sobre él en su concurrida tertulia las más odiosas sospechas, contribuyendo á corroborarlas una fatal circunstancia. El agente del Directorio en Suiza, Rapinat, era cuñado de Rewbell, y allí, lo mismo que en todos los países conquistados, se habían hecho exacciones, aunque mucho menores que en las demás partes; sin embargo, las quejas de aquel pequeño pueblo tan avaro habían producido un murmullo extraordinario. Rapinat recibió la desgraciada comisión de sellar las arcas y tesoros de Berna; había tratado con altivez al gobierno helvético; y estas circunstancias y su nombre, que era de mal agüero, contribuyeron á que se le considerara como el Verres de la Suiza, como el autor de las dilapidaciones que no eran su obra, pues hasta había salido de aquel país antes de la época en

que sufrió más exacciones. En la tertulia de Barras se hacían siniestros equívocos sobre su nombre, y todo recaía sobre Rewbell, que era su cuñado. He aquí cómo la probidad de Rewbell se halló expuesta á todas las calumnias.

Larevelliere no había llegado á ser menos odioso que Rewbell por su influencia en los asuntos políticos de Italia; pero su vida era tan sencilla y modesta, que habría sido imposible acusar su probidad. Los amigos de Barras le ponían en ridículo; burlábanse de su persona y de sus pretensiones á un nuevo pontificado. Decíase que trataba de fundar el culto de la teofílatropía, de la cual no era, sin embargo, el autor. Merlin y Treillard, aunque menos antiguos en el poder y no tan notados como Rewbell y Larevelliere, eran no obstante objeto de los mismos tiros.

En esta disposición de ánimos se hicieron las elecciones del año VII, que fueron las últimas. Furiosos los patriotas, no querían ser excluidos aquel año, como el anterior, del cuerpo legislativo; habíanse pronunciado contra el sistema de las escisiones, y se esforzaron en desacreditarle de antemano, habiendo conseguido lo bastante para que no se osara emplearle más. En semejante estado de agitación, en el que se suponían en los adversarios cuantos proyectos se temen, decían que el Directorio, usando, como en 18 fructidor, de los medios extraordinarios, iba á prorrogar por cinco años los poderes de los diputados actuales, y á suspender durante todo este tiempo el ejercicio de los derechos electorales. Aseguraban también que se iba á mandar venir suizos á París, porque se trabajaba en organizar el contingente helvético, y levantaron el grito con motivo de una circular á los electores, esparcida por el comisario del gobierno (prefecto) en el departamento del Sarthe, cuyo documento no era, según vimos después, sino una exhortación. Obligóse al Directorio á desaprobala por medio de un mensaje; de suerte que las elecciones hechas sobre estas disposiciones introdujeron en el cuerpo legislativo considerable número de patriotas, no tratándose en este año de excluirlos de él, sino por el contrario confirmando sus elecciones. El general Jourdan, que con fundamento podía atribuir sus descalabros á la inferioridad numérica de su ejército, pero que no procedía con su acostumbrado juicio al atribuir al gobierno el deseo de desacreditarle, fué nombrado de nuevo para el cuerpo legislativo, entrando en él lleno de resentimiento. También se eligió á Augereau, que estaba más exaltado que nunca.

Era preciso elegir un nuevo director, y la suerte no se declaró propicia á la república, porque en vez de Barras tocó salir del Directorio á Rewbell, que era el mejor de los gobernantes. Recibieron con esto todos sus enemigos la más grata satisfacción, hallando otra ocasión para calumniarle más á su gusto; sin embargo, como fué elegido para el Consejo de los Ancianos, tuvo proporción de responder á sus calumniadores, y lo hizo del modo más victorioso.

A la salida de Rewbell precisamente fué cuando se cometió la única infracción de las leyes rigurosas de la probidad, que puede imputarse al Directorio. Los cinco primeros directores nombrados en la época de instituirse este gobierno habían hecho entre sí un convenio, por el cual cada director cedía diez mil francos de su

asignación para darlos al cesante, siendo el objeto de este noble sacrificio el hacer más llevadera á los individuos del Directorio la transición del poder supremo á la vida privada, especialmente á los que no estaban muy bien acomodados.

Una razón de dignidad había también para obrar de este modo, porque no conviene á la consideración de ningún gobierno dejar en la indigencia al hombre que el día antes se hallaba en la cumbre del poder; razón que decidió á los directores á dulcificar de un modo conveniente la suerte de sus compañeros. Sus asignaciones eran ya tan pequeñas, que pareció excesiva la cesión de diez mil francos; y así resolvieron dar cien mil francos de una sola vez á cada director de los que saliesen, gravándose de este modo al Estado con una carga de cien mil francos. Esta suma debía pedirse al ministro de Hacienda, que podía adquirirla de los muchos fondos reservados que proporciona un presupuesto de seiscientos ú ochocientos millones. Decidióse además que cada director se llevase su coche y caballos, y como todos los años el cuerpo legislativo otorgaba gastos de mueblaje, debían manifestarse éstos, con lo cual se legitimaba esta disposición.

Los directores acordaron también repartirse entre sí las economías que hiciesen en dichos gastos, que á la verdad, poco perjudicaban á las rentas públicas, en caso de que las perjudicasen algo; y mientras los generales y asentistas ganaban sumas tan enormes, cien mil francos anuales para que se alimentase un hombre que acababa de ser jefe del gobierno, no eran una usurpación. Las razones y forma de esta disposición la ex-

saban en cierto modo; mas Larevelliere, á quien se le participó, no quiso nunca acceder á ello, y declaró á sus colegas que jamás recibiría su parte. Rewbell cobró la suya, dándole los cien mil francos de los dos millones de gastos secretos, de que no estaba obligado á dar cuenta el Directorio. Esta es la única falta que puede colectivamente imputárseles, y sólo uno de los individuos, de los doce que se sucedieron, fué acusado de haberse embolsado alguna ganancia; pero ¿qué gobierno hay en el mundo de quien no pueda decirse otro tanto?

Era preciso nombrar un sucesor á Rewbell; y deseando adquirir un hombre de gran prestigio para dar cierta consideración al Directorio, se acordaron de Sieyes, cuyo nombre era después del de Bonaparte el más célebre de la época. Su embajada en Prusia había aumentado su fama, considerándose, y con razón, como un ingenio profundo; pero después que fué á Berlín, le atribuían la conservación de la neutralidad prusiana, que, á decir verdad, no se debía tanto á su intervención como á la situación de esta potencia. Por esta razón se le creía tan á propósito para dirigir el gobierno como para concebir una constitución, y por lo mismo le eligieron director. Hubo muchos que se figuraron ver en este nombramiento la confirmación del rumor generalmente esparcido sobre modificaciones muy próximas en la Constitución, diciendo que se había colocado á Sieyes en el Directorio para que interviniese en esta operación, porque dudaban tanto de que pudiera sostenerse el actual orden de cosas, que en cada suceso se hallaban indicios seguros de algunas reformas.

CAPITULO XVI

Continuación de la campaña de 1799. — Massena reúne el mando de los ejércitos de Helvecia y del Danubio, ocupando la línea del Limmat. — Llegada de Suwarow á Italia. — Scherer transmite el mando á Moreau. — Batalla de Cassano. — Retirada de Moreau más allá del Po y del Apenino. — Intenta reunirse con el ejército de Nápoles. — Batalla de Trebbia. — Coalición de todos los partidos contra el Directorio. — Revolución del 30 pradiar. — Larevelliere y Merlín salen del Directorio.

En el intervalo que se empleó en introducir en el gobierno las modificaciones que acabamos de indicar, el Directorio no había dejado de hacer los mayores esfuerzos para reparar los descalabros sufridos al principio de la campaña. A Jourdan se le retiró el mando del ejército del Danubio, recibiendo Massena el de todas las tropas acantonadas desde Dusseldorf hasta el San Gotardo. Esta elección feliz debía salvar á Francia. Impaciente Scherer por abandonar un ejército cuya confianza había perdido, obtuvo autorización para transmitir el mando á Moreau. Macdonald recibió orden urgente de evacuar el reino de Nápoles y los Estados romanos para ir á reunirse con el ejército de la alta Italia. Todos los antiguos batallones que se retenían en el interior eran encaminados á la frontera; acelerábase el equipo y la organización de los quintos, y comenzaban á llegar los refuerzos por todas partes.

Apenas fué nombrado Massena general en jefe de los ejércitos del Rin y de Suiza, trató de distribuir convenientemente las fuerzas que se le habían confiado, y por cierto que no podía haberse encargado del mando en situación más crítica. Sólo tenía, cuando más, treinta mil hombres, esparcidos por Suiza, desde el valle del Inn hasta Basilea. Hallábase enfrente de Bellegarde, que mandaba treinta mil hombres en el Tirol, de Hotze con veintiocho mil en el Voralberg y del archiduque con cuarenta mil entre el lago de Constanza y el Danubio. Esta masa de cien mil hombres aproximadamente podía envolverle y aniquilarle; porque si el archiduque no se hubiera visto contrariado por el consejo áulico, detenido por una enfermedad y hubiese atravesado el Rin por entre el lago de Constanza y el Aar, hubiera podido cortar á Massena el camino de Francia, envolverle y derrotarle. Por fortuna no era árbitro de sus movimientos, ni tenía tampoco bajo sus inmediatas órdenes á Bellegarde y Hotze; lo cual excitaba entre los tres generales continuas desavenencias é impedía que se ayudasen para una operación decisiva.

Estas circunstancias favorecieron á Massena y pudo tomar una posición sólida y distribuir convenientemente las tropas de su mando. Todo probaba que el archiduque quería observar solamente la línea del Rin por la parte de Alsacia, proponiéndose operar en Suiza entre Schaffhause y el Aar; por consiguiente, Massena hizo volver á Suiza á la mayor parte del ejército del Danubio, designándole posiciones que hubiera debido tomar desde el principio, es decir, inmediatamente después de la

batalla de Stokach; pero cometió el error de dejar largo tiempo á Lecourbe en Engadina, viéndose obligado éste á retirarse, después de haber sostenido brillantes combates, en los que mostró una intrepidez y presencia de ánimo admirables. Los Grisonos quedaron evacuados, y Massena distribuyó entonces su ejército desde la gran cordillera de los Alpes hasta la confluencia del Aar con el Rin, eligiendo la línea más adecuada á sus planes.

Muchas son las corrientes de agua que ofrece Suiza y que saliendo de los grandes Alpes la cruzan toda para precipitarse en el Rin. La más extensa y caudalosa de todas éstas es el mismo Rin, que tomó su origen no lejos del San Gotardo, corre primero hacia el Norte, extendiéndose después por el lago de Constanza, del cual sale por cerca de Stein, siguiendo la dirección del Oeste, donde empieza á desviarse otra vez hacia el Norte para formar la frontera de Alsacia: esta corriente es la mayor, comprendiendo toda Suiza. La segunda, la de Zurich, inscrita en la anterior, que es la del Linth, la cual, naciendo en los pequeños cantones, se detiene para formar el lago de Zurich, sale de él con el nombre de Limmat, yendo á confundirse en el Aar, no lejos de la embocadura de este último en el Rin. Esta línea, que sólo comprende una parte de Suiza, es mucho menos extensa que la primera. Por fin hay otra, la de Reuss, inscrita también en la precedente, que desde el cauce del Reuss pasa al lago de Lucerna, y desde éste al Aar, muy cerca del punto en donde se precipita el Limmat; líneas que empezando en la derecha, al pie de enormes montañas, y perdiéndose en la izquierda entre grandes ríos, consistiendo unas veces en riachuelos y otras en lagos, presentan innumerables ventajas para la defensa. Massena no podía esperar poseer la mayor, que era la del Rin, teniendo que extenderse desde el San Gotardo hasta la embocadura del Aar, y así se vió obligado á retirarse á la del Limmat, donde se situó sólidamente. Extendió su ala derecha, que constaba de las tres divisiones Lecourbe, Menard y Lorges, desde los Alpes hasta el lago de Zurich, bajo el mando de Ferino, colocando su centro en el Limmat, que comprendía las cuatro divisiones de Oudinot, Vandamme, Thureau y Soult, mientras su izquierda guardaba el Rin hacia Basilea y Estrasburgo.

Massena, antes de estacionarse en esta posición, trató de impedir por medio de un combate la unión del archiduque con su segundo Hotze, pues estos dos generales situados en el Rin, el uno antes de la entrada